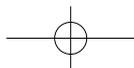
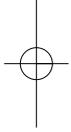
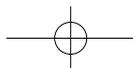
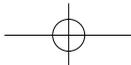
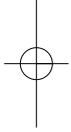


Vientos amargos





A las millones de personas que no podrán
regresar nunca para contarnos sus propias
historias. Entre ellas, a mis padres, mi
hermano menor y mis compañeros
del campo de trabajo, Ao, Lu y Xing.



AGRADECIMIENTOS

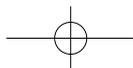
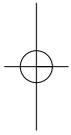
Este libro nunca habría visto la luz si no hubiese contado con el apoyo de dos valiosos amigos estadounidenses. El primero es John Creger, que fue mi primer colaborador y quien me prestó su ayuda en mis primeras tentativas de contar esta historia. Su profunda comprensión de mis experiencias contribuyó a ahuyentar los demonios que me habían poseído. Carolyn Wakeman me ha brindado generosamente sus conocimientos y técnicas narrativas, así como su sinceridad para hacer posible este proyecto.

Todo mi agradecimiento también para Robert Bernstein, mi editor, un hombre honorable que apreció en su justa medida la importancia de tener la oportunidad de narrar estas vivencias.

Desearía dar las gracias también a las siguientes personas que han puesto lo mejor de su parte en esta colaboración: Lin Jeffrey y Ramon Meyers, de la Institución Hoover; Ya Xian, de United Daily News; Orville Schell y Yuan-Li Wu, también de la Institución Hoover; y George Hu, Lisa y Martin Husmann, así como a Emily Loose, editora del texto.

Mi más profundo reconocimiento también para Janet Moyer. Su asesoramiento y su apoyo han sido cruciales para la escritura de este libro.

HARRY WU



1. El final de la infancia

En 1948, el último año del Gobierno nacionalista, Shanghai era una ciudad que vivía en el filo de la navaja. Por entonces yo era un muchacho de once años, bajo de estatura para mi edad, ratón de biblioteca y aficionado entusiasta del baloncesto. El tercero de ocho hermanos, vivía en una confortable casa de ladrillo de tres pisos ubicada en una calle flanqueada por árboles, de un concurrido barrio del distrito occidental de Shanghai. El chófer del *ciclo-rickshaw* de mi padre me llevaba todas las mañanas a la escuela primaria cristiana situada en el antiguo barrio francés de la ciudad, más o menos a un kilómetro y medio de mi casa. A mediodía, el chófer regresaba a la entrada de la escuela con varios recipientes llenos de deliciosa comida caliente preparada por nuestro cocinero, que devoraba en un aula aparte junto a un puñado de estudiantes con los mismos privilegios que yo mientras el resto de niños se peleaban por un sitio en la cola de la ruidosa cafetería del colegio. Después de clase, practicaba la caligrafía bajo la supervisión de mi madrastra y, al terminar, salía disparado a la calle a jugar con mis amigos hasta que algún criado me avisaba de que la cena estaba preparada.

Pasé los primeros años de mi infancia completamente protegido de la pobreza, la violencia y el miedo que atenazaban a una gran parte de la población de Shanghai. Fueron muy pocas las ocasiones en

8 HARRY WU

que salí de mi vecindario, y nunca me enteré de que tan solo a medio kilómetro de mi casa había carretas que acudían al amanecer a recoger los cuerpos de las personas que habían muerto a causa de la enfermedad o la inanición durante la noche. Recuerdo una tarde de domingo de 1948 en que mi padre me llevó a comprar un guante de béisbol a la calle Wanjing, a los almacenes más rutilantes del centro de la ciudad. El chófer del *ciclo-rickshaw* aparcó junto a la entrada mientras hacíamos las compras, así que nunca llegué a mezclarme con la gente que se aglomeraba en las aceras y nunca reparé en las privaciones o dificultades que, sin duda, debían de acuciar sus vidas. Nada más comprar el guante, lo único que pensé fue en regresar a casa lo antes posible para pasarme el resto del día jugando al béisbol con mis amigos.

También me acuerdo de la impresión que me causó ver llorar a mi hermana menor, cuando volvió a casa corriendo tras haber visto a una niña muerta envuelta en harapos y abandonada en una esquina de una calle próxima a la nuestra. Tan eficazmente nos protegió mi padre de la pobreza y la miseria que, mientras íbamos de compras por toda la ciudad, yo ni siquiera era consciente de las oleadas de pánico que la inflación de aquel año había provocado en la gente. El único recuerdo que guardo de las turbas saqueando las tiendas de arroz de Shanghai procede de las fotografías que vería más adelante en *Life*, a la que, junto con *Time* y *Fortune*, estaba suscrito mi padre.

Hijo de un pequeño terrateniente en la próspera y pintoresca ciudad de Wuxi, mi padre había sido enviado de pequeño a un colegio de confesión cristiana y, posteriormente, a la Universidad de St. John, una prestigiosa universidad americana en Shanghai, fundada por misioneros, que ofrecía una educación moderna de corte liberal y en lengua inglesa. Nada más obtener la licenciatura en Economía, que le preparó para entrar en el mundo del comercio internacional, ascendió rápidamente hasta la posición de director adjunto del Banco Young Brothers y, posteriormente, a la de propietario de una fábrica de hilaturas. Por aquellos años yo desconocía por completo qué tipo de trabajo hacía o cuáles eran sus ingresos, pero recuerdo lo orgulloso y emocionado que me sentí cuando, en el verano de 1948, compró una nevera Westinghouse y pagó la primera cuota de un Chevrolet. Puesto que algu-

nos de mis compañeros del colegio vivían rodeados de muchos más lujos que nosotros, nunca pensé que mi familia fuese rica, y me parecía normal el hecho de tener tres criados que ayudasen a mi madrastra en las tareas de la casa y en el cuidado de los ocho hijos.

Nuestro estilo de vida era el habitual en una familia de clase media alta occidentalizada de Shanghai, y reflejaba la formación en dos culturas distintas que había recibido mi padre. Para amueblar la casa, había escogido un sofá de cojines acolchados y duros y una alfombra gruesa de lana en vez de las rígidas sillas y mesas de madera de palisandro repujado que solían verse en los salones chinos más tradicionales. Y, por si fuera poco, compró un piano para que mi hermana mayor y yo pudiéramos tomar lecciones dos veces por semana. Algunas veces mi padre recibía en casa a sus amigos británicos del banco, y les ofrecía vinos y brandis importados que sacaba del elegante aparador de madera del comedor. Como su pasatiempo favorito era la caza, guardaba bajo llave cinco escopetas en un armario en el ático. También crió un par de perros Pointer, que se llevaba tanto a sus cacerías de pájaros en las marismas cercanas de Subei como cuando iba a disparar a las cabras en los páramos de la Mongolia interior.

A pesar de su estilo de vida cosmopolita, mi padre nunca dejó de tener una mentalidad sumamente conservadora. Amaba el arte y coleccionaba rollos de pintura de los artistas chinos contemporáneos más celebrados. Me acuerdo especialmente de un par de rollos de pintura de Xu Beihong,¹ con la imagen de unos elegantes caballos haciendo trenzados, que colgaban en el salón de mi casa, así como de un retrato de tamaño natural de la mítica Yan Guifei² saliendo del baño, pintado por Zhang Daqian;³ y de un conjunto de flores y mariposas, de Qi Baishi.⁴ No puedo olvidar tampoco la seriedad con la que mi padre se despojaba de su traje y sus zapatos de piel de cor-

1. Xu Beihong (1895-1953) está considerado como uno de los maestros de la pintura china moderna por su habilidad para conjugar las técnicas occidentales con las técnicas de inspiración china de pincel y tinta, así como por su dominio de los *shuimohua*, o representaciones de caballos y pájaros. (N. del T.)

2. Esposa del emperador chino Xuanzong, de la dinastía Tang (685-762). (N. del T.)

3. Zhang Daqian (1899-1983), influyente pintor figurativo de origen taiwanés. (N. del T.)

4. Qi Baishi (1864-1957), conocido por sus caprichosas y fantasiosas acuarelas de animales, paisajes y plantas. (N. del T.)

10 HARRY WU

te occidental para embutirse en la tradicional túnica de seda durante las vacaciones de la Fiesta de la Primavera, así como durante las tres ocasiones al año en que honraba la memoria de mi madre, ceremonias a las cuales él se empeñaba en que sus hijos fuéramos vestidos también con túnicas.

Hasta donde yo sé, mi padre nunca asistió a la iglesia, aunque celebraba con gran solemnidad los preceptivos rituales familiares. Todos los años, el 5 de abril, que era la fecha en la que se tenía por costumbre limpiar las tumbas de los ancestros, la familia entera se reunía en el comedor mientras los criados colocaban en un extremo de la mesa un suculento surtido de platos de carne, pollo y verduras. Sumido en una especie de asombro reverencial, me quedaba absorto mirando cómo se disponían las copas, las velas y los quemadores de incienso y una pequeña estela de marfil grabada con el nombre de mi madre, que acompañaban las ofrendas por el descanso de su alma. Mi padre iniciaba la ceremonia sirviendo vino de arroz en las copas, encendiendo las velas y quemando el incienso; después, se arrodillaba sobre un cojín y se prosternaba tres veces para tocar con la frente el suelo en señal de respeto por la memoria de mi madre, un ritual que seguíamos, uno por uno, el resto de la familia, incluida mi madrastra.

Mi madre había fallecido en 1942, cuando yo tenía cinco años, dejándome, junto a mi hermana y mi hermano mayores y a mis dos hermanas menores, al cuidado de mi padre. Di siempre por supuesto que mi madre había muerto a causa de alguna enfermedad, aunque nadie me dijo nunca una palabra sobre la causa concreta de su muerte. Muchos años después, un primo mayor me confesó que su muerte había ocurrido misteriosamente tras una agria disputa con mi padre. Me quedé estupefacto al enterarme por él de que la gente sospechaba que mi madre se había suicidado. Mi padre nunca me dijo una palabra sobre su muerte, y yo nunca supe la verdad al respecto. A mi madre apenas la recuerdo, aunque no he olvidado el miedo que pasé al principio, un año después de morir ella, cuando supe que iba a tener una madrastra. Todos los hijos dimos por supuesto que la nueva esposa de mi padre sería cruel y egoísta con nosotros, y nos horrorizaba pensar en la fastuosa fiesta que él

había planeado para el día de su boda en el Hotel Park, situado en las inmediaciones del hipódromo. Él insistió en presentarnos brevemente a los invitados a la recepción y, al regresar a casa con su chófer en el *ciclo-rickshaw*, todos corrimos a refugiarnos en la cocina, temiendo por el destino que nos esperaba.

Para mi sorpresa, nuestra nueva madrastra vino a buscarnos inmediatamente después de las celebraciones. Apareció en la puerta de la cocina vestida con una larga túnica plateada y un ramillete de claveles de color marfil en la mano. Tras darnos unas palmaditas a mi hermano y a mí en la cabeza, atrajo a mi hermana menor con los brazos junto a ella y la acompañó escaleras arriba para acostarla. No tardé en cogerle cariño a esa tranquila y refinada mujer cuya calidez y compasión contrastaba con la distancia y la severidad con las que mi padre nos trataba.

Mi padre concedía una gran importancia a la educación de sus hijos y planeaba enviarnos a todos a colegios de misioneros. En 1946, inscribió a mi hermana mayor en el famoso colegio femenino de St. Mary, y en otoño de 1948 nos matriculó a mi hermano y a mí en el colegio St. Francis. Allí nos hacían ir vestidos con los mismos uniformes que se solían llevar en cualquier colegio británico: chaquetas de color azul marino con la divisa del colegio cosida en el bolsillo del pecho, pantalones cortos de franela y calcetines hasta la rodilla. Nuestros profesores eran todos sacerdotes y hermanos de la orden de los jesuitas y, durante la primera semana de colegio, uno de ellos me bautizó con el nombre inglés de «Harry».

A mí siempre me había gustado mucho la ciencia, y enseguida me encariñé con un sacerdote italiano que daba clases de física y dirigía el laboratorio de ciencias. El padre Capolito, un hombre encorvado de unos sesenta y cinco años con un espeso flequillo de pelo cano que le caía sobre la frente, reparó un día en mí mientras yo fisgoneaba desde el pasillo lo que hacían los estudiantes de cursos superiores en el laboratorio. Recuerdo cómo me tocó en la cabeza invitándome a entrar para enseñarme las cajas de muestras de su magnífica colección de mariposas. Cuando llegó la primavera y empezó a hacer calor, pidió prestada una bicicleta para mí, y comenzó a llevarme con él a las excursiones al campo de los sábados para

que pudiera recoger mis propios ejemplares de insectos. Quedé fascinado por los escarabajos y muy pronto aprendí a identificar muchas especies por las formas y marcas de sus frágiles caparazones. También adoraba los almuerzos especiales que el padre Capolito preparaba para estas excursiones a base de lonchas de jamón y pan con mantequilla y mermelada, además de las fiambreras que traía repletas de fruta y leche.

En aquella primavera de 1949, la cruel guerra civil que libraban comunistas y nacionalistas llegó a las puertas de Shanghai. A finales de 1948, después de que los ejércitos comunistas dirigidos por Mao Zedong ocuparan las estratégicas ciudades de Baoding, Tiankín y Pekín, en el norte del país, muchos de los dirigentes del Gobierno y los empresarios de Shanghai compraron a precios altísimos billetes de avión para huir a Hong Kong y llevarse consigo el oro y sus objetos más preciados. Mi padre nunca mencionó delante de sus hijos estos acontecimientos políticos. No quería que nos preocupáramos ni que nada nos distrajesse de nuestras tareas escolares. Una noche le oí decir por casualidad a mi madrastra que a él no le importaba nada si el Gobierno era capitalista o comunista, porque estaba convencido de que la gente instruida e íntegra gozaría siempre de reconocimiento fuese quien fuese el gobernante de turno.

Formado en las tradiciones confucianas de su propia familia, mi padre creía que cualquier solución a los problemas sociales y políticos de China debería empezar por ceñirse a una conducta correcta. Siempre se mantuvo a una distancia prudencial de los entresijos políticos y jamás le oí expresar su opinión sobre el desenlace de la contienda. Una vez nos dijo que había rechazado la oferta de un banquero británico amigo suyo de llevarnos a mi hermano y a mí a Hong Kong a fin de escapar de un posible derramamiento de sangre y de las represalias que podría llevar aparejada una victoria del bando comunista. La familia permanecería unida, declaró; y, como hijos, nuestra única responsabilidad era estudiar con ahínco, aprender autodisciplina y cultivar la rectitud en nuestras convicciones morales. Al margen de quién estuviese en el poder, nosotros deberíamos ser honestos, cumplir con nuestras obligaciones y trabajar denodadamente por el bien del país. Ésos eran los principios por los que se regía mi padre.

Durante varias semanas del mes de abril y de principios de mayo, cuando mi padre se preparaba para salir de casa por la noche, lo veíamos llevar consigo un palo y una linterna. Sabíamos que había organizado una patrulla para recorrer las calles y proteger las casas de los posibles saqueos o pillajes que cometieran los soldados nacionalistas desertores que merodeaban por allí y cuya intención era huir hacia el sur antes de la entrada del Ejército Popular de Liberación en la ciudad. Recuerdo lo nervioso que me puse una tarde al ver a mi padre limpiando y engrasando una de sus escopetas, si bien es verdad que nunca más la sacó del armario donde las guardaba. El día 24 de mayo debió de enterarse de que iba a suceder algo de un momento a otro porque, después de cenar, nos prohibió terminantemente que saliéramos de nuestras habitaciones. Poco después de medianoche, oí pisadas fuertes resonando en las escaleras que subían al tercer piso, donde yo compartía habitación con mi hermano mayor. Mi padre irrumpió en nuestro dormitorio con cuatro hombres del vecindario para advertirnos de que no nos moviésemos de la cama y que guardásemos silencio. Mi habitación tenía un balcón con vistas al exterior, y los hombres se pusieron a vigilar la calle detrás de las pesadas y largas cortinas.

Traté de conciliar el sueño durante un rato, dejándome mecer por el ritmo de su sigilosa conversación. Después, alguien dijo en voz alta: «¡Ahí vienen, ahí vienen!», y yo salté de la cama para colocarme junto a mi padre. En medio de las tenues luces que proyectaban los faroles de la calle, alcancé a ver a los soldados nacionalistas huyendo de la ciudad desordenadamente, algunos a pie y otros en automóviles todo terreno. Apenas una hora después, aparecieron los soldados del Ejército Popular de Liberación desfilando con brío en columnas de a dos en fondo en dirección al centro de la ciudad. Por la expresión de mi padre, se diría que estaba impresionado por la disciplina que exhibían los soldados y aliviado de que hubiera pasado el riesgo de un brote de violencia.

A la mañana siguiente, nos enteramos por la radio de que los colegios y las oficinas permanecerían cerrados durante todo el día, y mi padre se marchó temprano para averiguar qué había ocurrido en el banco. Cuando regresó por la noche, parecía estar más tranquilo. Le